Alegría de la escritura

«... el texto más antiguo escrito en una lengua
que podamos ya llamar española».

I

Allí está la alegría

Sant Millán de Susso fue de ninnez criado
cuenta mucho después, en el XIII, su paisano Berceo.
Pastoreaba y ya de cura fue
mal administrador (según su burocrático obispo)
y allí en el monasterio de su nombre, en
unas cuantas palabras, doce renglones sosos, allí está la alegría.

Pero has de hacértelo bien para gozarla bien.
Cúrate de librejos y señores pesados,
sal por ejemplo de Logroño un día soleado de abril
con amigas y amigos logroñeses más una o dos botellas de vino riojano en el coche,
y al rato ves la torre delante de la nieve que ensombrera las cumbres
y enseguida el raro escondrijo
troglodí-visigó-prerrománico
que ajustaron por fin albañiles mozárabes.
Donde está la alegría.

Labrado en un sarcófago de alabastro y del XI
un perro diminuto lleva a un ciego,
tan viva su figura que se diría hecha con sólido y rosáceo
semen de perro, con sustancia
de perro no distinta a la de otro mayor que duerme
enroscado en la puerta mientras cantan los pájaros
adecuadas cantatas polifónicas y te impacienta no
ver todavía lo que has ido a ver.
La alegría esa.

II

Ya aceptaste hace mucho que no sabes
casi nada de nada, y es bueno recordarlo y decirte
que de esto aún menos, salvo que (te lo enseñó Dámaso Alonso)

el español visual, la lengua escrita, nació allí.
Así que quien tú eres nació allí de algún modo,
tan allí como al borde de una bahía grande
en el Sur y tal como está naciendo
también allí esta línea y cualquier otra.
La cosa no es tan complicada: poco o mucho que escriban ejecutivo fuerte o fontanero,
tunanta o capitán de corbeta, narrador, senador, doctora, presidente
del Ateneo o estanquero socialdemócrata amante del Pentágono,
cuanto escriban en español viene de allí, de San Millán de Suso.
Desde la carta más corta y simple
hasta un sumario abominable, y desde cuanto libro puedas haber abierto
y ya no has de soltar mientras vivas, a un «te quiero, mañana te llamo»
furtiva y peligrosamente escrito y deslizado sobre una servilleta de papel en un bar.

Todo eso se engendra allí. No en la Castilla que después
lo amasó y fue cociendo sino allí más arriba, en La Rioja,
en esas aburridas Glosas Emilianenses por donde dice *Cono*
ayutorio de nuestro dueño dueño Christo
dueño Salbatore etcétera: sólo 44 palabras
así de tontorronas hasta el final,
tan ensopado aún de latín el párrafo, *gaudiosos seyamus,*
y rutinaria beatería.
Pero está sobre todo la arrancada del fraile escribidor,
su pronto y su ocurrencia, el amoroso polvo, el polen, el impulso
fecundador de toda la escritura española,
verso este que queda muy pomposo
pero que es tan de veras como el día y la noche
así como que a pocos les dejará de resultar un tanto
curiosa o emotiva esa boda, hasta algo tartamuda jaculatoria
emitida en directo de un sermón de San Agustín alias El Águila de Hipona
y aumentada a las buenas por el monje añadiendo «lo que del alma le salía».

De modo que si vas a San Millán de Suso
bien puede impresionarte un poco o no tan poco
(cono ayutorio del vino del coche
que además ya obró su virtud)
contemplar ese texto que, no importa si en copia, es como el árbol de Guernica,
como la ceiba madre de La Habana y el gran drago de Icod o los de Cádiz,
inacabablemente seminales, irrompibles. Y tiene
que venírsete a la cabeza cómo luego a esas líneas
fueron llegando terruñeras voces
de Andalucía o Toscana, Cataluña o Galicia
o el Río de la Plata o California, cómo
a partir de ese cacho inicial de cordón parturiento tan torpísimo,
lees y escribes cuanto lees y escribes.

Y cómo antes, confinado, «muy lenguamente» preservado
por el apartamiento geográfico, fue por fin el latín diluyéndose
y llegan nuestro hablar y su escritura.

III

Fueron llegando.
Fueron llegando las palabras.
Entraban una a una, preguntaban ¿me quieres según vengo o te parece que...?,
moviéndose despacio o a tirones
para lograr por fin su cara entera (¿no les ves ojos, boca, frente?)
igual que va ganándose su cara
definitiva una mujer, un hombre,
entre el origen y el azar diario, determinante,
cambiando y buscándose hasta encontrarse un día del todo.

Nada de *rükk:* una e fluyente, suavilla,
con la acuática a al final, aliviaron
esa dureza goda y quedó rueca.

No a la nórdica *kamb* que hizo fortuna por ahí (jambe/gamba).
De una lengua jergal, del turbio argot de las legiones
romanas nos vendría perna, pierna.

¿Becerro? Aún más añeja, ibérica
de pura pata negra, astutatemente
delicada en las dos primeras sílabas
para luego cerrarse de un portazo fonético.

Azulejo es acaso la palabra
que más me llena en español, Gerardo Diego dixit.
Y *Grazalema* a Jorge Guillén. Y Federico
saltaba de contento al escuchar el nombre
indohispánico de un pescado que nunca llegó a ver,
surubí, de las aguas dulces argentinas y paraguayas,
mientras que a Rafael Alberti le seduce
el de otro pez, *japuta,* sobre todo
cuando juega con él el antiguo poeta antequerano Pedro Soto de Rojas.

Palabras como nieve, piedras, panes, arena ardiendo,
bacterias torvas o pistilos
indiferentes, olas duras o pechos favorables.
Alegría del verbo dicho, escrito,
tan seguro ya como cuando
das en el aeropuerto la tarjeta de embarque,
subes al chisme hermoso y vuelas.

Querer, ¿sabías que no era más que andarse
procurando comida o amor? Y *comer,*
ese loco, precioso esguince del latín clásico,
antes que nada fue no hacerlo solo: alimentarse con los otros,
solo nunca.

Cuántos dirán o se habrán dicho ya:
«¿pero con qué nos viene ahora
qué se creyó, quiere embaucarnos con que todo esto es poesía?».
Y es que tampoco les parece serlo que el hielo diera nombre al cristal,
o que *mujer* significase en provenzal adúltera
(lo que, bien lejos de criar espanto,
tira a agradable casi siempre y fue lo que el idioma prefirió,
y no cualquier palabra semejante a midam,
femme, donna, madonna, woman).

IV

Una historia final (¿de amor por los que la vivieron
así como por quienes te la cuentan?).
Es hora de volver y dos de los amigos refieren en el coche ese episodio;
Roberto Iglesias el de *El velo de Isis*
lo relata, y la hermosa Chu
me pasa un trago y lo matiza: trovadores
disfrazados de lobo y devorados
por los mastines de la dama que iban a cortejar,
un sucedido más o menos contemporáneo del fraile
que no dispuso de lenguaje, salvo en latín tal vez,
para contarnos algo así
lo mismo que no puede pedírsele a un rorro de tres días
que haga una suma o diga Juan.
El hombrecillo aquel, de todo modos, ya nos había pasado el castellano —hoy español—
[a letras sin saberlo
tan como nada sabe una partícula
hundida en el espacio que ha de salir de ella una constelación,
el proceso remoto de impalpable energía creadora
generador de diez mil soles o de cuantas palabras
nos alumbran boca y papeles.

Ah pero no querrás ahora andar buscándole
un cierre brillantón al poema, no
vayas a pretenderle un golpe literario último y efectista,
tontamente mañoso, no, respétalo,
déjatelo aquí dicho y así
mientras ves acercarse otra vez las torres de Logroño y su río.

Fernando Quiñones